

como el ir á pié todos los sábados á visitar alguna capilla distante en la cual sea honrada la Santísima Virgen de un modo particular, ayunar un día en la semana, visitar los pobres enfermos en los hospitales, hacer una limosna, visitar cada semana los pobres encarcelados, etc. Y tened presente que en la hora de vuestra muerte nada os consolará tanto como el sacrificio que hubiereis hecho regularmente en aquel último año.

2 Es una devoción muy laudable el llevar siempre consigo la imagen del Crucifijo, no movidos de una vanidad indigna que se atreva á hacer de la cruz de Jesucristo un dije, ó un adorno de lujo, sino por motivo de religion, y para tener en este piadoso y consolante objeto un remedio contra todas nuestras pasiones, y señaladamente contra nuestro amor propio y nuestro orgullo, un memorial que escite nuestro fervor, y un modelo que arregle nuestra conducta. Muchos santos lo llevaban sobre el corazón, y pocos hay que no lo hayan tenido con frecuencia á la vista, sobre todo cuando han hecho sus oraciones.

SABADO SANTO.

EL Sábado santo, que tambien se llama el sábado mayor, se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los días mas solemnes aun antes de haberse adelantado los oficios de la noche del domingo de Pascua al día que los precede. Propiamente el oficio del Sábado santo es la continuacion de las exequias del Salvador, y en particular de su sepultura. La Iglesia aun está de gran luto. Su profundo silencio, y la cesacion del divino sacrificio que como en el Viernes santo tampoco se ofrece en este día, todo esto indica su afliccion. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, en honrar el misterioso descanso que Jesucristo guardó en este día en el sepulcro, y al mismo tiempo su descension á los infiernos, esto es, como dice S. Pablo, á los lugares mas bajos de la tierra. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamás se separó la divinidad, del mismo modo que de su cuerpo adorable, que fué puesto en el sepulcro; esta alma santísima, repito, inmediatamente despues de su muerte, descendió efectivamente á los lugares mas subterráneos; allí triunfó de los demonios á quienes acababa de vencer enteramente por su muerte, y les hizo sentir las tristes consecuencias de su derrota. Allí consoló á las almas del purgatorio, dándoles esperanzas de que pronto se verian libres de sus dolorosos calabozos; y allí, en fin, sacó de entre aquellas tinieblas las almas de los

santos patriarcas y de los demás justos, esto es, de todos aquellos á quienes Dios con antelacion habia hecho misericordia, y concedido la remision de sus pecados en virtud de los méritos de Jesucristo; pero que no podian gozar plenamente del efecto de esta misericordia hasta que Jesucristo hubiese satisfecho á Dios su Padre, con la efusion de su sangre, por los pecados de todos los hombres. De estos dichosos predestinados se formó inmediatamente el alma del Salvador como una corte que llevó en seguida con él en triunfo al cielo, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la hubiera abierto por su muerte. La parte de lugares subterráneos en donde estaban los que habian muerto en gracia de Dios antes de la muerte de Jesucristo, es lo que la Escritura llama el Seno de Abraham y nosotros decimos Limbo. Nota Durando que la razon por qué la Iglesia ha consagrado todos los sábados del año al culto singular y á la devoción especial de la Santísima Virgen, es porque estando muerto Jesucristo, y dudando todos los discípulos de su resurreccion, se halló toda la fe en sola la Santísima Virgen; ella sola fué la que durante el sábado conservó cuidadosamente el precioso depósito de la fe; ella sola fué fiel.

Todo el oficio del Sábado santo, segun el espíritu de la Iglesia, no se dirige mas que á honrar el doble misterio de la bajada del alma de Jesucristo á los infiernos, y del descanso de su cuerpo adorable en el sepulcro. Este oficio no se terminaba hasta despues de la hora de nona, la cual se estendia hasta el poner del sol, y entonces comenzaba con el nuevo día el oficio solemne de la gran vigilia de Pascua. Era esta la primera de todas las vigili-
lias del año en dignidad, y es tambien la primera por su antigüedad con respecto al establecimiento de la Iglesia: ella ha pasado siempre por la mas célebre y la mas indispensable de todas; era tambien la mas larga, porque juntaba inmediatamente el oficio de la gran fiesta de Pascua al suyo. Como el día civil entre los judíos empezaba siempre al poner del sol, por esto esta célebre vigilia comenzaba la tarde del Sábado santo á la puesta del sol. Ibase entonces á la iglesia; y habia pocos fieles que no pasasen en ella toda la noche en ejercicios de piedad. El oficio que era muy largo, la lectura de las lecciones tomadas del antiguo Testamento, las instrucciones, las ceremonias, las oraciones ocupaban hasta el amanecer en que comenzaba el oficio de Pascua, al que seguia la misa en la que los fieles que estaban todos en ayunas, los unos desde la austera y módica comida del Viernes santo, y muchos aun desde el Jueves, comulgaban. Despues de lo cual se retiraba cada uno á su casa para descansar un poco y volver en

seguida á la iglesia. Esta religiosa costumbre subsiste aun entre los herejes. Pero desde que la Iglesia latina, conducida siempre por el Espíritu Santo, ha creído conveniente por muchas razones el prohibir las reuniones nocturnas, el oficio del Sábado santo se ha adelantado como el de las demás ferias mayores á la tarde del día precedente; y todo el oficio del Sábado santo, que hasta la misa está dedicado á la memoria de la sepultura del Salvador, se termina por la mañana en el oficio de nona. Entonces comienza el oficio de la gran vigilia de Pascua; mas la Iglesia al mudar el tiempo de celebrarla, no ha mudado las ceremonias ni las oraciones.

Comienza, pues, este oficio por la bendición solemne del nuevo fuego, despues de apagado el antiguo. Todo es misterioso en estas santas ceremonias. Apagado el fuego antiguo, parece quererse representar la ley antigua estinguida y abolida en la muerte del Salvador, y en el fuego nuevo la ardiente caridad que debe ser como el alma de la nueva ley. Habiendo muerto Jesucristo, luz del mundo, estuvo, por decirlo así, esta divina luz como estinguida por espacio de tres dias. En el momento, pues, en que el Salvador resucitó á una nueva vida, volvió á aparecer el nuevo fuego del que es como el símbolo y la figura el que hoy se saca del pedernal. Las oraciones de que la Iglesia se sirve para bendecir solemnemente el nuevo fuego, desenvuelven por sí solas todo el misterio, igualmente que el sentido místico y moral.

¡Oh Dios, dice, que por medio de vuestro Hijo, el cual es la piedra angular de vuestra Iglesia, habeis derramado en los corazones de vuestros fieles el luminoso fuego de vuestra caridad! santificad este nuevo fuego que para nuestro uso hemos sacado del pedernal, y concedednos la gracia de que durante estas fiestas de Pascua estemos de tal modo abrasados en deseos del todo celestiales, que con corazones puros podamos llegar á la solemnidad de las fiestas de la eterna gloria. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Señor Dios, Padre omnipotente, luz eterna, criador de toda luz: bendecid esta como la habeis bendecido y santificado iluminando á todo el mundo, á fin de que hagais nacer un fuego divino que nos abrase y nos ilumine; y así como iluminasteis á Moisés al salir de Egipto con una luz milagrosa, dignaos tambien iluminar nuestros corazones y nuestros sentidos, para que algun día podamos llegar á la vida y á la luz eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, nosotros ben-

decimos este fuego en vuestro nombre, en nombre de vuestro Hijo único Jesucristo, nuestro Dios y nuestro Señor, y en nombre del Espíritu Santo; dignaos cooperar con nosotros, y asistidos con vuestro auxilio contra los tiros inflamados del enemigo, y derramad sobre nosotros la luz de vuestra gracia celestial. Vos que siendo Dios vivís y reináis con el mismo Jesucristo vuestro Hijo único, y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

La bendición de los cinco granos de incienso destinados para colocarse en el cirio pascual, no es menos significativa del sentido y del misterio, y del espíritu de todo el misterio. Os suplicamos, ó Dios omnipotente, continua el sacerdote, que este incienso reciba una efusion abundante de vuestra bendición. Encended vos mismo el fuego que debe iluminarnos en esta noche, vos que renovais el mundo por las operaciones invisibles de vuestro poder, á fin de que no solo el sacrificio que se os ofrece en esta noche reciba las impresiones secretas de vuestra luz, sino que tambien sean arrojados todos los artificios y toda la malicia del demonio de cualquiera lugar adonde se llevase cualquiera de las cosas que aquí santificamos, y que por una asistencia particular se haga sentir allí la virtud de vuestra divina Majestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todas estas ceremonias demuestran bastantemente cual es el espíritu de la Iglesia en todas estas misteriosas ceremonias, y con qué espíritu de religion se debe asistir á ellas. Asegúrase que durante mucho tiempo se vió todos los años en Jerusalem en la iglesia del santo Sepulcro un milagro el Sábado santo con motivo de este nuevo fuego. Este prodigio consistia en que estando apagadas todas las lámparas, en el momento en que se cree que Jesucristo resucitó, se encendía milagrosamente una de ellas, á vista de una multitud innumerable de testigos, que la devoción y la maravilla atraían de todas partes. Odolrico, obispo de Orleans, á su vuelta de una peregrinacion que habia hecho á Jerusalem en 1033, testifica haber traído la lámpara que el fuego del cielo habia encendido el año que él estaba allí, y haberla comprado al patriarca Jordan para hacer con ella un presente á su iglesia.

En honor de la santísima Trinidad, de la que es Jesucristo la luz, inmediatamente despues de la bendición del nuevo fuego, se enciende un cirio que se divide en tres, y se convida en alto al pueblo á que dé gracias á Dios por el conocimiento que nos ha dado Jesucristo de este adorable misterio. *Esta es la luz de Cristo*: nuestra fe es propiamente la luz de Jesucristo. *Demos*

gracias á Dios, se responde. ¿Qué acciones de gracias tan infinitas no le debemos por un beneficio tan insigne? El cántico de alegría que comunmente se llama *el Exultet...* (*) porque comienza por esta palabra, es como un grito de alegría de toda la Iglesia por la nueva agradable de la resurreccion del Salvador. Por esto se cantaba en el momento en que el día comenzaba á apuntar, y á la manera que los ángeles anunciaron á los hombres el nacimiento dichoso del Salvador por un cántico celestial, *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos*, hoy la Iglesia anuncia su triunfante resurreccion, convidando á toda la corte celestial á que celebre con ella este glorioso triunfo. Dé ya saltos de alegría toda la tropa celestial de los ángeles, y celebre con un santo regocijo nuestros divinos misterios. Resuene por todo el universo la trompeta sagrada que nos anuncia nuestra salud, y publique la insigne victoria de un monarca tan grande. Regocijese tambien la tierra, viendo lucir sobre ella una luz tan brillante; y los rayos brillantes de gloria que por todas partes espere el Rey eterno, háganle sentir la dicha que tiene de haber sido por fin libertada de las espesas tinieblas que estaban esparcidas por todo el mundo. Salte de júbilo la Iglesia nuestra madre, viéndose adornada con el brillo resplandeciente de una luz tan grande. Resuene este templo con las voces de alegría de todo el pueblo, reunido en él para la celebracion de una fiesta tan magnífica. Todo este cántico de alegría no es mas que un continuo entusiasmo: por esto, hermanos míos muy amados, continua el diácono, vosotros que estais aquí presentes, y que acabais de ser iluminados con la admirable claridad de esta santa luz, unid vuestras plegarias á las mías, á fin de que así unidos, obtengamos que derrame sobre nosotros los rayos de su divina luz, y que sin atender á mi indignidad, me conceda la gracia de publicar todas las alabanzas de este cirio misterioso consagrado á su honor y á su nombre... Levantemos nuestros corazones á Dios, y demosle eternas acciones de gracias: es muy justo el juntar el sonido de la voz con los afectos del corazón para alabar al Dios invisible, Padre omnipotente, y á su Hijo unico nuestro Señor Jesucristo, el cual ha pagado por nosotros al Padre eterno la deuda de Adán, y ha borrado con su misma sangre el acta que estaba escrita contra nosotros, y el decreto que nos condenaba como culpables á consecuencia del pecado del primer hombre. He aquí, pues, las fiestas de la Pascua en las cuales es inmolado el verdadero cordero, cuya san-

(*) En España la *Angélica*.

gre consagra y santifica las puertas de las casas de los fieles. Esta es la noche, ó Dios mio, en la cual sacasteis en otro tiempo del Egipto á nuestros padres los hijos de Israel, y les hicisteis pasar el mar Rojo á pié enjuto. Esta es la noche que ha disipado las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna luminosa. Esta es la noche que separando hoy por todo el mundo á los que creen en Jesucristo, de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los restablece á la gracia, y los hace entrar en la sociedad de los santos. Esta es la noche en la que Jesucristo, rotos ya los lazos de la muerte, se ha levantado victorioso del sepulcro. Nada hubiese, en verdad, servido para nosotros el que hubiese nacido, si no hubiésemos tenido la dicha de que nos hubiese rescatado. ¡O efusion admirable de vuestra bondad sobre nosotros! ¡O esceso incomprensible de vuestra caridad inefable! Para rescatar al esclavo habeis entregado á nuestro Hijo. ¡O pecado de Adán, detestable á la verdad por su malicia; pero que ha sido ciertamente la ocasion del mas grande de todos los bienes, puesto que ha sido borrado por la muerte del Salvador! ¡O culpa á la verdad desgraciada por sus tristes efectos; pero en algun sentido feliz, puesto que nos ha procurado un Redentor tan magnífico! ¡O noche verdaderamente dichosa, que sola ha podido saber el tiempo y el momento en que Jesucristo ha resucitado! Esta noche es de la que está escrito: La noche será para mí tan clara como el día, y esta noche luminosa con su resplandor no contribuirá poco al esplendor de mi triunfo. La santidad de esta dichosa noche destruye los crímenes, lava las ofensas, restablece á la inocencia á los que la habian perdido, vuelve la alegría á los que estaban en la afliccion, disipa los odios y las enemistades, restablece la paz y la union en los corazones, y somete á Dios los imperios del mundo. Recibid, pues, ó Padre eterno, en consideracion de esta noche sagrada, el sacrificio de este incienso que vuestra santa Iglesia os ofrece en esta misma noche por las manos de sus ministros, en la oblacion solemne de este cirio cuya materia han proporcionado las abejas. Aquí el diácono coloca los cinco granos de incienso en el cirio pascual en forma de cruz; despues continuando bajo de la misma alegoría de la columna de fuego milagrosa que alumbraba á los israelitas durante la noche, y que por el día ponía á todo el pueblo á cubierto de los ardores del sol: ahora es, continua, cuando reconocemos las singulares ventajas de esta columna de cera, que un fuego brillante y sagrado va á encender en honor de la divina Majestad; y aunque este fuego bendito se divida despues en tantas partes cuantos son los sujetos á quienes va á

comunicar su ardor y su luz, nada pierde por esta comunicacion; alimentándose de la cera derretida que ha producido la abeja para componer la sustancia de esta misteriosa llama. Y aquí es cuando se encienden las lámparas.

¡O noche verdaderamente dichosa, prosigue el diácono, que despojando á los egipcios, ha enriquecido á los hebreos! El sentido literal cae sobre lo que pasó en la partida de los israelitas de todo el Egipto; pero el sentido alegórico nos representa á los cristianos enriquecidos, por decirlo así, con los despojos de los judíos, que negándose á reconocer al Mesías, y quitándole la vida, han perdido para siempre la cualidad de pueblo escogido, y todas las bendiciones que abandonando á la sinagoga han pasado á la Iglesia. Noche en la cual el cielo se une á la tierra, y Dios á los hombres. Os suplicamos, pues, Señor, que este cirio consagrado en honor de vuestro nombre arda toda esta noche, para que se disipen sus tinieblas; y que elevándose su luz como un perfume agradable se mezcle con la de las antorchas celestiales: encuéntrale todavía encendido el astro de la mañana; aquel astro, digo, que no tiene ocaso, el cual habiendo resucitado, y volviendo victorioso de los infernos, ha hecho que luzca sobre todo el género humano una luz tan brillante en perfecta serenidad. Os suplicamos, Señor, que concediendo á nuestros días la tranquilidad de una paz dichosa, os digneis entre el regocijo de estas fiestas pascales conservar por una proteccion especial á todos vuestros fieles siervos, á todo el clero y á todo este devoto pueblo, con nuestro santísimo padre el papa, y nuestro prelado. Echad tambien una mirada favorable sobre nuestro piadosísimo monarca; y conociendo los votos y los deseos de su corazon, haced, ó Dios, por una gracia especial de vuestra bondad y de vuestra misericordia que goce de la tranquilidad de una paz inalterable, y que con todo su pueblo consiga una victoria celestial sobre todos los enemigos de la salvacion. Esta gracia os pedimos todos por el mismo Jesucristo nuestro Señor, vuestro Hijo, que siendo Dios vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos. Así sea.

Descúbrese demasiado el influjo del Espíritu Santo en la santidad de esta bendicion solemne del cirio pascual y en la celebracion de esta augusta y misteriosa ceremonia, para no creer que sea ella obra suya. No es posible dudar que no sea de tradicion apostólica, aun cuando no se hiciere con esta majestuosa publicidad en los tiempos de persecucion, en los que los emperadores paganos tenian como cautiva á toda la Iglesia. Pero luego

que pasaron aquellos tiempos sombríos, y se dió la paz á la Iglesia, se vieron desenvolverse sus sagradas ceremonias, y celebrarse sus oficios con aquel orden, aquella religion y aquella majestad, que indican la alta sabiduria y la sublime santidad del Espíritu divino que las dirige. Créese que fué el papa Zozimas el que ordenó la solemnidad de la ceremonia del cirio pascual, y se atribuye á S. Ambrosio la bendicion tal como la tenemos. Este cirio misterioso no solo representa la nube y la columna de fuego de que ya se ha hablado en la bendicion, sino tambien la luz de la fe que nos ilumina, y el fuego divino de la caridad que Jesucristo ha venido á encender en la tierra y en el cual quiere que se abrasen todos los hombres. En su resurreccion fué propiamente cuando se encendió este fuego divino, y comenzó á esparcirse por el mundo esta luz sobrenatural, y esto es lo que parece que significan aquellas palabras de la bendicion: *Alégrese la tierra iluminada con tantos resplandores. Alégrese tambien la santa madre Iglesia adornada con los brillos de tanta luz.* El sabio Durando, obispo de Menda, en su Racional de los oficios divinos, dice que los cinco granos de incienso que se ponen en el cirio pascual en forma de cruz, significan las cinco llagas, cuyas cicatrices ha querido el Salvador conservar en su cuerpo glorioso; y que dan bastante á entender que la mortificacion es una especie de sacrificio ofrecido á Dios en olor de suavidad, en el que el fuego del amor divino es el que consume la victima.

A la bendicion del cirio pascual se siguen doce lecciones de la santa Escritura que ordinariamente se llaman profecias, cuya lectura es interpolada de cánticos y de oraciones. Las relaciones espirituales, místicas y morales que tienen con la solemnidad del día, y sobre todo con la ceremonia del bautismo, del que puede decirse que el Sábado santo es la gran fiesta, dan una idea bastante justa del gran misterio de nuestra regeneracion, la cual se llama la Pascua; esto es, el pasaje del Egipto, por decirlo así, á la tierra de promision; del estado de esclavos á la cualidad de hijos de Dios; del estado del pecado al estado de la gracia. Léense sin titulo, porque como era principalmente á los catecúmenos á los que se les leian, no se les leian mas que bajo del titulo de palabra de Dios, sin nombrarles los escritores sagrados cuyos nombres, cualidad y mérito ignoraban.

La primera de estas lecciones, tomada del Génesis, es de la creacion del mundo, y principalmente de la formacion del hombre á imágen de Dios, la cual habia sido borrada por el pecado, y se repara en el bautismo de la regeneracion en Jesucristo por

el mérito de su muerte y de su resurreccion gloriosa, que ha dissipado las tinieblas que estaban esparcidas por toda la tierra. Esta leccion es una viva representacion alegórica de la redencion, bajo del nombre histórico de la creacion.

La segunda leccion contiene la historia del diluvio. Habiendo llegado la malicia de los hombres hasta el último esceso, y corrompido toda carne su camino sobre la tierra, resolvió Dios anegar, por decirlo así, la iniquidad en las aguas del diluvio, no conservando en el arca mas que un pequeño número de almas justas, las cuales debian en lo sucesivo repoblar todo el universo. Hablando con propiedad, solo en la sangre de Jesucristo es en donde la iniquidad ha sido verdaderamente anegada, y destruido el pecado, segun la profecia de Daniel. El arca es la figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salud.

La tercera leccion refiere la historia del sacrificio de Isaac, esto es, la historia de un padre como sacrificador, y de un hijo como víctima: jamás hubo figura mas significativa del sacrificio de Jesucristo.

La cuarta leccion es la historia del paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo al salir de la servidumbre de Egipto para ir á la feliz tierra prometida, en la que corrian como rios de leche y miel. Lo que allí sirvió para la salvacion del pueblo de Dios, sirvió para la pérdida de los enemigos de este pueblo. ¿Quién no ve en esta figura la imágen del triunfo de la Iglesia sobre todos los enemigos de Jesucristo?

La quinta leccion está tomada del profeta Isaías, por cuya boca el Señor, despues de haber denotado en qué consiste la herencia que promete á los que debe adoptar por Jesucristo resucitado, convida á todo el mundo á abrazar la fe, á fin de que puedan recoger el fruto de sus promesas y participar de esta herencia como coherederos con Jesucristo en el lenguaje de san Pablo.

La sexta leccion contiene la profecia de Baruch. Este discípulo del profeta Jeremías declara á los hijos de Israel, que entonces gemian en la cautividad de Babilonia, que la causa de todas sus desgracias procede de que han dejado al Señor su Dios, alejándose de sus caminos. En seguida, prediciéndoles la venida de Jesucristo: *El es, les dice, el que es nuestro Dios: ningún otro que él, por quien todo ha sido hecho, ha sabido hallar el camino de la verdadera sabiduría; él es el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera sabiduría. El la ha dado á Jacob, su siervo, y á Israel su pueblo muy amado. Despues de esto, este Dios hecho hombre se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres.*

La séptima leccion, tomada del profeta Ezequiel, nos representa el misterio de la redencion de los hombres, bajo de la imágen alegórica del estado lamentable en que se hallaba el género humano á la venida del Salvador. Un vasto campo lleno de huesos secos se presenta á la vista del Profeta, el cual oye una voz que le dice: *Hijo del hombre, ¿piensas tú que estos huesos podrán volver á vivir?* El milagro no parecia muy posible; sin embargo, el milagro se hizo. Dios mismo descubrió al Profeta el misterio. *Todos estos huesos, dice el Señor, representan la casa de Israel.* Los israelitas dicen: Nuestros huesos están desecados, no nos resta esperanza alguna, somos perdidos sin remedio. Oye sin embargo lo que yo te mando que les anuncies: Confía pueblo mio: *Yo abriré tus sepulcros, y te haré salir de tus sepulcros; y te llevaré á la tierra de bendicion que te he prometido, y sabrás por propia esperiencia que yo soy el Señor.* Esta profecia no se ha cumplido propiamente hasta la muerte y la resurreccion del Salvador.

La octava leccion está tomada del pasaje de Isaías, en que se dice que siete mujeres aspirán á un hombre, á quien no pedirán otra cosa sino que puedan llevar su nombre, y ser así libres del oprobio. Habiendo predicho el Profeta la ruina entera de la sinagoga y de Jerusalen, nos da aquí la verdadera imágen de la Iglesia, cuya cabeza y esposo es Jesucristo: el número siete significa en la Escritura un número indefinido; y estas almas significan aquí las almas rescatadas por Jesucristo y purificadas con su sangre, las cuales constituyen toda su gloria y su felicidad en ser por toda la eternidad las esposas del Cordero sin mancha.

La novena leccion es del Exodo, en la que se nos representa el sacrificio de Jesucristo inmolado en la cruz, bajo de la figura del cordero pascual, cuya sangre, estampada en la puerta de las casas, preservó á los israelitas de la mano del ángel exterminador, y cuya carne sirvió de alimento á todos los que salieron de Egipto pasando por entre las aguas del mar Rojo. Esta es la figura mas espresiva de la Pascua de los cristianos y de los efectos maravillosos del Cordero de Dios, inmolado por nosotros en la cruz, y hecho el alimento del verdadero pueblo de Dios en la adorable Eucaristía. Este mundo es un mar borrascoso y lleno de escollos; y los enemigos de la salvacion que hay que combatir durante el viaje de esta vida, no exigen un socorro menor ni un alimento menos prodigioso.

La décima leccion es la del profeta Jonás, en la que él mismo está representado como una figura de Jesucristo, tanto menos equívoca, cuanto que el mismo Jesucristo nos le ofrece como fi-

gura suya. En efecto, la muerte, la sepultura y la resurreccion del Salvador al tercer dia, se indican con bastante claridad, por el modo con que el Profeta, que se habia como cargado él solo con la iniquidad de toda la tripulacion, fué arrojado al mar, tragado por el pez y arrojado tres dias despues vivo en la ribera; á lo cual se siguió inmediatamente la conversion de los ninivitas á la sola predicacion de Jonás.

La undécima leccion está sacada de aquel pasaje del Deuteronomio en que se nota que Moisés escribió su segundo cántico, y lo enseñó á los israelitas poco antes de su muerte; y como en él describía muy á la larga todos los favores que habian recibido de Dios desde su salida de Egipto, espresando al mismo tiempo su extrema ingratitud y las penas con que Dios les habia castigado, quiso que este compendio histórico se guardase al lado del arca de la alianza para que sirviese de testigo contra ellos. La Iglesia nos refiere hoy este hecho para darnos la misma leccion, y advertirnos con cuanta severidad merecemos ser castigados si hacemos inútil el bien infinito de la redencion por la mas negra y la mas escandalosa de las ingratitudes.

La duodécima y última leccion está tomada del libro de Daniel, en la que se refiere la historia de la injusta persecucion escitada contra los tres jóvenes hebreos, su condenacion á ser quemados en un horno por no haber querido adorar la estatua del rey de Babilonia, y el milagro que Dios hizo en su favor, habiéndoles servido el fuego de refrigerio lejos de abrasarlos, y convirtiéndoseles el horno en oratorio, en donde alababan á Dios y cantaban sus alabanzas. Como este milagro puede decirse que era un tipo del gran número de maravillas semejantes que debian suceder en la Iglesia, en la que habian de verse tantos millones de generosos mártires de Jesucristo predicar su divinidad y cantar sus alabanzas en medio de los fuegos de tan crueles persecuciones, la Iglesia termina las lecciones del oficio de este dia por esta profética historia; y tal vez por la misma razon la lee en el trascurso del año todos los sábados de las cuatro témporas.

Todas estas lecciones se terminan con la oracion siguiente:

Omnipotens sempiternus Deus, spes unica mundi, qui prophetarum tuorum præconio præsentium temporum declarasti mysteria: auge populi tui vota placatus: quia in nullo fi-

Dios omnipotente y eterno, única esperanza del mundo, que por las predicciones de vuestros profetas habeis manifestado los misterios de estos tiempos; aumentad por vues-

delium, nisi ex tua inspiratione, proveniunt quarumlibet incrementa virtutum. Per Dominum...

tra bondad el ardor de los votos y de las oraciones, porque ninguno de vuestros fieles puede adelantar en la virtud, sino por la inspiracion y el auxilio de vuestra gracia. Por nuestro Señor Jesucristo.

La misa de este dia no se celebraba hasta la noche hacia la hora de la resurreccion del Salvador, esto es, al amanecer, y se llamaba la misa pascual de la vigilia. En esta fiesta anticipada, la Iglesia deja sus vestiduras de luto y denota bastante por sus cánticos de alegría, por el brillo y la magnificencia de sus ornamentos y por el sonido de las campanas, la alegría que tiene de ver á su Esposo salir del sepulero, y triunfante de la muerte volver á tomar una nueva vida, eterna, gloriosa, brillante é imitable. Omítase el introito de la misa, porque todo el pueblo estaba ya reunido, y porque las letanias mayores que se acaban de cantar para invitar á todos los santos á que unan sus cánticos de alegría á los nuestros, sirven de introito. Esta misa no es la misa del sábado, sino de la noche del sábado al domingo, en la cual resucitó el Salvador. Por esto en la oracion y en el prefacio no se hace mencion mas que de esta noche sagrada, como si esta misa se dijese todavía al fin de la noche. No se daba la paz, porque el Salvador no la habia aun anunciado á sus discípulos, y por la misma razon tambien se omite el *Agnus Dei*, porque á aquella hora no se le creia aun resucitado.

La Epistola está tomada de aquel pasaje de S. Pablo, en donde dice á los colosenses que si por el bautismo están muertos y resucitados en Jesucristo, deben llevar una vida del todo nueva y en alguna manera toda celestial; que no deben ya tener aficion sino por el cielo; deseos ni aun pasiones mas que para las cosas del cielo, considerándose en adelante como ciudadanos de esta patria celestial que viajan por la tierra, la cual debe ser para ellos un lugar de destierro. Vosotros estais muertos al mundo y al pecado por el bautismo, y no debeis ya vivir mas que en Jesucristo y en él es en el que vuestra vida debe estar como escondida; como si se dijera, que la vida de los cristianos debe ser una vida pura, una vida mortificada que anime la fe y que alimente la caridad; de suerte que todos los cristianos, resucitados con la cabeza de que son miembros, deben poder decir como san Pablo: Yo vivo; pero no soy yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí.

Después de esta Epístola, que es como una lección que la Iglesia da á todos los que han recibido una nueva vida por el bautismo, comienza propiamente la solemnidad pascual por la *Alleluia*, cuyo canto estaba interrumpido desde la víspera de septuagésima en que la Iglesia había entrado en la aflicción y en el luto de la penitencia. Es este un cántico de alabanza, de acción de gracias y de regocijo, el mas corto de los cánticos, compuesto de dos palabras hebreas, lo que significa y espresa con mas energia que nosotros podríamos hacerlo en nuestra lengua: es como si dijera: *Alabemos á Dios; demosle gracias, hagamos brillar nuestra alegría. Alleluia.* Este cántico de alegría se ha tomado del Apocalipsis. Era tan familiar á los fieles durante el tiempo pascual, que era el saludo ordinario que se hacian mutuamente los unos á los otros. Conformábanse en esto con el espíritu de la Iglesia, que en todo este santo tiempo lo repite con mucha frecuencia en sus oficios. Este uso en la Iglesia romana data desde el tiempo del papa S. Dámaso: créese que san Jerónimo, que lo había visto establecido desde mucho tiempo en la iglesia de Jerusalem, lo trajo á Roma. Como antiguamente no se cantaba la *Alleluia* mas que en el tiempo pascual, Sozomeno dice que era una especie de juramento entre el pueblo, en todo lo restante del año, por el cual se protestaba la verdad de la cosa de que se trataba, así como deseaban poder oír y cantar *Alleluia* en la fiesta de Pascua.

El Evangelio de la misa refiere el santo empeño con que al fin de la noche del sábado, esto es, al amanecer del domingo, que era el primer día de la semana y el tercero después de la muerte del Salvador, las santas mujeres que habían profesado una devoción mas tierna, mas ardiente y mas generosa á Jesucristo durante su vida, se apresuraron por ir al lugar de su sepultura para rendirle los últimos obsequios después de su muerte. La fiesta del sábado concluía siempre después de las seis de la tarde. Hácia el fin, pues, de la noche, María Magdalena y María madre de Santiago y de José, con Salomé madre de los hijos del Zebedeo Juan y Santiago, tomaron las drogas aromáticas, el bálsamo y aceite olorosos que habían comprado desde las seis de la tarde, esto es, desde que terminó la fiesta del sábado, á cuyo tiempo se abrían las tiendas, las cuales estaban cerradas todo el sábado. Luego que tuvieron con que embalsamar el cuerpo de Jesus, se pusieron en camino antes del día, y á favor de la claridad de la luna que estaba en su lleno, para ir á ofrecer los últimos obsequios á su buen Maestro, sin pararse en la promesa que las había hecho de resucitar al tercer día;

no habiéndoles permitido ser mas diligentes la fiesta del sábado que comenzó á las seis de la tarde del viernes. Ellas no llegaron al sepulcro hasta cerca de salir el sol. Antes que hubiesen llegado hubo un gran temblor de tierra, y en aquel momento resucitó Jesus. El terremoto y el trastorno de la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, sucedieron mientras que las santas mujeres estaban todavía en el camino. Oyeron el ruido que espantó á los guardias, y sintieron bien el terremoto que obligó á huir á los soldados. Habiendo llegado allá, quedaron muy sorprendidas de no encontrar ni los guardias, ni la piedra enorme que cerraba la entrada de la primera gruta que servia como de vestíbulo á la segunda en donde estaba el sepulcro. La primera gruta tenia nueve pies y medio de largo, y un poco menos de ancho. En esta primera gruta fué en donde estaba la guardia, en la que apareció el ángel á los soldados en el momento del temblor de tierra que los obligó á huir. Esta primera gruta daba paso á otra menos vasta, abierta en la roca; tenia esta seis pies de largo y cinco de ancho; su altura era de cerca de ocho pies. La entrada era bastante estrecha, como que no tenia mas que tres pies y algunas pulgadas de altura y cerca de dos pies de ancho. Estaba cerrada con una piedra de un peso enorme, en la cual los sacerdotes habían puesto el sello. En esta segunda gruta era en donde se había colocado el cuerpo sagrado de Jesucristo. Habiendo, pues, llegado las piadosas mujeres y no habiendo encontrado soldados, entraron desde luego en la primera gruta. Allí advirtieron un ángel bajo de la figura de un jóven vestido con una ropa blanca, su rostro brillaba como un relámpago y su ropa resplandecía mas que la blancura de la nieve: estaba sentado sobre la piedra que había sido puesta por tapa á la entrada del sepulcro, la cual había él derribado al lado derecho. Al principio quedaron poseídas de espanto; pero calmándolas el ángel: No temais, las dijo; no teneis motivo para temer, vosotras que abrasadas de amor á vuestro Salvador solo veniais á rendirle los últimos honores. Aquellos que habiéndole perseguido hasta el fin no le guardaban aquí en el sepulcro sino para hacer inútil, si hubiesen podido, la prediccion que había hecho de darse á sí mismo una nueva vida después de su muerte; esos son los que tienen que temer: por lo que hace á vosotras, sé yo bien cuál es el religioso motivo con que buscais á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado, el cual no está aquí. Vosotras pensabais encontrarle todavía en el sepulcro; ha salido de él glorioso y triunfante, y después de haber resucitado á tantos muertos, se ha resucitado á sí mismo. Si dudais de ello,

no temáis, pasad mas adelante; venid, mirad el lugar en donde se le habia puesto, á fin de que convencidas de la verdad de su resurreccion, vayais á llevar esta agradable noticia á sus discipulos, y señaladamente á Pedro. Decidles tambien que antes que ellos puedan ir á Galilea, estará él allí para dejarse ver de ellos como se lo habia prometido.

El amor diligente de aquellas santas mujeres las condujo desde antes del dia al sepulcro de su querido Maestro, y el Señor envió allí un ángel para que las instruyese de su resurreccion. El fervor y la solicitud con Dios no están mucho tiempo sin recompensa: solo las devociones frias, las almas cobardes y perezosas son escluidas de la sala de las bodas, porque llegan siempre tarde. La resurreccion de Jesucristo inspira á las almas fieles una alegría espiritual y muy dulce, al paso que llena de espanto á sus enemigos. Cuando uno es verdaderamente de Dios, una verdadera piedad, una conciencia pura dan á las fiestas de Pascua y á los demás misterios de todo el año, aquella dulce alegría que es un gusto anticipado de los regocijos del cielo; mientras que una falsa piedad, una devocion aparente jamás es mas triste ni siente nunca menos uncion ni fervor que en estas grandes solemnidades.

Como en esta noche se daba solemnemente el bautismo á los niños y á los adultos, estos comulgaban todos al fin de la misa, y despues de la comunion se les daba leche y miel, que se habian bendecido antes, para significar que se les miraba todavia como niños tiernos, incapaces de otro alimento que leche y miel. Hacia se tambien esto para darles á entender que por el bautismo y la comunion habian adquirido el derecho de entrar en la tierra de los vivos, esto es, en la Jerusalem celestial que Dios habia prometido á sus elegidos bajo el nombre de una tierra que manaba leche y miel. Tambien en este dia bendice el papa los *Agnus Dei*, que son unas medallas de cera nueva bendita ó de la cera del cirio pascual del año precedente, amasada con el óleo santo, á las cuales la bendiccion del Santo Padre da virtud singular contra las borrascas, las tempestades y los artificios dañinos de los espíritus malignos.

La oracion que se dice despues de esta primera Epistola es como sigue:

Deus, qui hanc sacratissimam noctem gloria Dominice resurrectionis illustras: conser- O Dios, que ilustras y solemnizas esta sagrada noche por la gloria de la resurrec-

